EN OCASIÓN DEL AÑO DE LA EUCARISTÍA

—Ofrecer juntos la Misa—

El pasado año fue declarado “Año de la Eucaristía”, y en todo el mundo se llevaron a cabo un gran número de iniciativas para profundizar en la comprensión y la devoción hacia este sacramento. Por diversas razones en la Diócesis de Takamatsu no fue posible la realización del “Año de la Eucaristía” como tal; así que, aun con un año de retraso, se decidió hacer del presente el “Año de la Eucaristía”.

Para comprender el sacramento de la Eucaristía se debe partir, se quiera o no, de una correcta comprensión de la celebración eucarística (o Misa). Explicando a continuación la celebración eucarística, comprenderemos qué es el Santísimo Sacramento y me dispongo a exponer de nuevo cómo el este sacramento fortalece la vida de fe. A cerca de la vida de fe será necesario tratar también de “la importancia del Día del Señor”, pero con ese fin me encuentro ya preparando otro documento para la segunda mitad del año.

En grandes líneas, la Misa se divide en tres partes: la primera “Liturgia de la Palabra”, la segunda “Liturgia Eucarística” y la tercera parte “Rito de Comunión”. De todas las partes en conjunto lo que podemos decir es que será muy importante la expresión de “*ofrecer juntos la Misa*”. Si algunos de los que participan en la Misa tienen la convicción de que la Misa es algo que solamente el sacerdote realiza, querría que en esta ocasión cambiaran el modo de pensar hacia la idea de “*ofrecer juntos*”. “*Ofrecer juntos*” indica una participación activa en cualquiera de las tres partes. Por tanto, ¿cómo podremos participar activamente de la Misa, y llegar a tener experiencia de “*ofrecer juntos la Misa*”?

No es posible introducir las tres partes en el presente texto, por esos me limito a exponer el contenido de la segunda parte: “Liturgia Eucarística”. Esto no significa que las otras dos restantes sean menos importantes de ésta, de hecho querría próximamente encontrar la ocasión de poder exponer también las otras dos partes.

1. El Espíritu Santo desciende sobre el altar y llena el lugar de la celebración

El pan y el vino son llevados y al altar, se pronuncia la oración que narra la obra de la salvación de Dios y se canta el Santo. A continuación se entra en la parte central de la Misa: la Liturgia Eucarística. Explicaré ahora esta parte de la

Misa siguiendo la Plegaria Eucarística número dos. En primer lugar, el sacerdote extiende las manos y ora así: “te pedimos que santifiques estos dones por la efusión de tu Espíritu Santo”. Esta oración es llamada en griego *Epiclesis*, y es una oración que pide la acción de Espíritu Santo. La asamblea invoca al Espíritu Santo y, por medio del sacerdote que extiende las manos, el Espíritu Santo desciende sobre el altar. A continuación prosigue diciendo “de manera que sean para nosotros Cuerpo y Sangre de Jesucristo nuestro Señor”. Por la efusión del Espíritu Santo, no es que seamos justificados o que oremos para que nuestra fe se fortalezca; sino es que el Espíritu Santo colma de gracia el altar, y oramos para que por su medio el pan y el vino aquí presentes se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

Esta escena nos hace pensar en dos cosas. Que el Espíritu Santo desciende ahora y aquí sobre nosotros, y que por medio de las palabras de sacerdote el Espíritu Santo cambia el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Pero, ¿nosotros esto lo creemos realmente? En ese instante el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. ¿No será que nosotros no hacemos sino contemplar el rito como simples espectadores? Tras la consagración se canta “Misterio de la Fe”. Sí, así es, la Misa es un misterio. En la medida que en la Misa no se participa con fe, no es posible en absoluto comprender la Misa, ni participar de su gracia. Viendo esta serie de gestos, o bien se piensa que son cosas sin sentido o bien que son maravillosas; ésta es la elección de la fe. Somos cuestionados sobre si creemos que eso sea el Cuerpo de Cristo, Cristo mismo.

2. La Misa es sacrificio

Tras ser consagrados el pan y el vino, se concluye con las palabras: “haced esto como mi memorial”. Hacer memorial en griego se dice *Anamnesis*; pero, ¿qué es lo que se recuerda en el memorial? Dice “como mi memorial”, y por eso habrá quien piense que debe acordarse de Jesús, o que debe acordarse de lo que sucedió en la Última Cena. Las palabras de la consagración del pan comienzan así: “El Señor Jesús antes de ser entregado a su pasión voluntariamente aceptada, tomó pan, dando gracias lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo”. En la revisión de la Plegaria Eucarística que la Conferencia de los Obispos de Japón, en la actualidad ha presentado a Roma, en lugar del verbo “dividir” (*waru*) se quiere volver al verbo “partir” (o romper: *saku*), mucho más fiel al texto original. Es cierto que la oposición al uso de la palabra “partir” (*saku*) es vivo, pero esta palabra tiene un gran sentido. A la palabra “partir” (o romper) le podemos dar el sentido que Cristo se da así mismo en sacrificio y se entrega a la muerte. En el pan y el vino aparece perfectamente la imagen de Cristo que se entrega a la muerte y se ofrece a sí mismo por los hombres.

Pensando esto podemos bien comprender las siguientes palabras: “esto es mi

Cuerpo que se entrega por vosotros”. La Misa es el recuerdo de Cristo que se entrega por los hombres y es desgarrado por ellos. Cuando se consagra el vino, continúa diciendo: “este es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la alianza nueva y eterna”. Por medio la Sangre de Cristo derramada por los hombres, son perdonados los pecados de la humanidad y da comienzo una nueva vida. De lo que nosotros hacemos memorial y lo que recordamos, no es simplemente un acontecimiento pasado, sino que recordamos a Cristo que ahora está entregándose a la muerte por nosotros sobre este altar y, negándose a si mismo, se esta ofreciendo en sacrificio a Dios Padre. Por tanto, la Misa nos muestra a Nuestro Señor Jesucristo que se ofrece en sacrificio.

Dios Padre escucha la oración de Cristo, al que ama más que a nadie, que desde la cruz y dando su vida, ruega por los hombres. Es usada la expresión “y por muchos”, que viene a significar “por todos los hombres”. A aquellos que sufren en la guerra, a los niños que son maltratados, a las mujeres que sufren violencia, a aquellos que viendo que envejecen se van acercando a la muerte; a todos ellos Dios les da la gracia necesaria. Y todo esto es porque Cristo continúa, con su propia muerte, rogando al Padre por los hombres.

En la expresión “haced memorial” podemos ver otro significado. A la vez que el Cuerpo y la Sangre de Cristo son ofrecidas sobre el altar, también nosotros nos ofrecemos como sacrificio. Quizá nosotros seamos pobres y miserables; sin embargo, a pesar de eso Dios Padre nos observa y escucha nuestra oración. Nosotros en verdad somos hombres inútiles, llenos de defectos y pecadores; sin embargo ofreciéndonos a nosotros mismos, junto con Cristo, nuestra oración es escuchada. Tras las palabras de la consagración se reza: “Así pues Padre a celebrar ahora el memorial de la muerte y resurrección de tu Hijo, te ofrecemos el pan de vida y el cáliz de salvación”. Y entonces somos incluidos en la gloria de Cristo resucitado.

Pensando en lo dicho hasta ahora podemos decir que no se debe participar en la Misa de un modo indiferente. Sino que debemos ya antes de entrar en la iglesia tener una clara intención. Por la propia familia, o por aquellas personas cuya vida no tiene sentido, sea cual sea pero venir a la iglesia con una clara intención, y participar a la Misa ofreciendo junto con Cristo la propia súplica. También es bueno participar de la Misa para expresar una acción de gracias. De este modo la tierra entera se llena de la gracia de Dios. En la localidad en la que vivimos los cristianos no somos sino un pequeñísimo grupo, y más que lamentarnos a causa de eso es más importante la Misa que esos pocos fieles ofrecen. Por medio del ofrecimiento de sí mismo, dentro de la Misa, Dios cambia el pensamiento de las personas y les hace volverse hacia una nueva vida. Los frutos de la evangelización son de Dios. Nosotros sólo intercedemos por las personas y nuestra misión no va más allá de ofrecer nuestras oraciones. No somos nosotros

los que evangelizamos sino Dios es el que lo hace. Nosotros no somos sino un simples instrumentos de Dios.

Hay algunas personas mayores que se lamentan diciendo que ya no pueden realizar ninguna actividad en la Iglesia. ¿Será verdad? Cuando se está enfermo o dolido por la vejez, si esa situación se ofrece junto al sacrificio de Cristo, una gracia maravillosa desciende sobre todo el mundo. Se le da un nuevo modo de vida a aquellos jóvenes que han perdido su camino. O lejos, en África, nace una nueva vida de un niño. La Misa que nosotros ofrecemos junto con Cristo es la mayor gracia para los hombres de todo el mundo. Y por eso, cuando el sacerdote durante la Plegaria Eucarística ora diciendo: “ofrecer”, nosotros debemos claramente manifestar aquella intención que vamos a ofrecer.

Una cosa más tengo que decir. La Misa, que posee carácter universal, es ofrecida por toda la tierra. No es solamente para sumergirse en un sentimiento de santidad o de agradecimiento. No es para consolidar la amistad con los compañeros, ni un procedimiento para dar catequesis. No debemos olvidar que es un acto para ofrecerse seriamente a sí mismo junto con Cristo.

3. La Iglesia Católica tiene necesidad de sacerdotes a toda costa

También sobre el sacerdocio ministerial es necesario que diga una palabra. Esta es una de las razones por las cuales la Iglesia Católica es Iglesia Católica. El sacerdocio se divide en dos tipos: el sacerdocio común de los laicos y el sacerdocio ministerial. Los laicos desde el momento de su bautismo poseen la misión de ser sacerdotes. Anuncian la palabra de Dios, participan en la liturgia con los cantos, o con el ministerio del altar, o con el ministerio de proclamar las lecturas. En momentos de necesidad son ministros de la eucaristía, o presiden celebraciones. E incluso dan el bautismo, asisten como testigos en los matrimonios y presiden vigilias de oración por los difuntos. Sin embargo la administración de los sacramentos está reservada en absoluto al sacerdote.

Hay muchas cosas que están puestas en manos a los fieles: la administración de las parroquias está en su gran mayoría en manos de los laicos, y la renovación de la Iglesia depende mucho de los laicos. Podemos decir que en la Diócesis de Takamatsu uno de los deberes más urgentes es la formación de los laicos. Una Iglesia en la que el sacerdocio de los laicos está muy arraigado y tomado en consideración, será muy activa tanto en la acción litúrgica como en la obra de evangelización. Ciertamente, de una comunidad eclesial fervorosa nacerán firmes vocaciones al presbiterado. Es natural que de la propia comunidad nazcan vocaciones al presbiterado, y nos hace pensar sobre la verdadera imagen que la Iglesia debe tener. Si en una comunidad no nacen vocaciones al presbiterado, será necesario revisar la organización de la propia iglesia. Es decir, si deja de haber sacerdotes, y se debe buscar indefinidamente la solución en traer sacerdotes

de fuera, no podemos ni soñar a la independencia de la diócesis.

El sacerdocio de los presbíteros da importancia antes que a nada a los sacramentos. Aquí aparece la singularidad de la Iglesia Católica que la diferencia sustancialmente de las protestantes. Cómo celebrar la Misa o cómo administrar el sacramento de la penitencia es uno de los principales deberes del presbítero. Los laicos no deben hacer del presbítero un simple administrador de la parroquia, que se encarga de los trabajos ingratos. Lo más importante es que el presbítero se entregue totalmente en la celebración de la Misa. Con sólo pensar que con la imposición de manos del presbítero desciende el Espíritu Santo, podemos entender cuál es la misión que debe llevar a cabo el presbítero. El presbítero es aquél que anuncia la Palabra y continuamente transmite el espíritu de Cristo y ofrece su Cuerpo. Y sólo por eso, debe en primer lugar preguntarse así mismo cómo celebrar, para que la Misa sea digna y la ofrezca junto a la asamblea. En este sentido podemos decir que no es necesario una inmensa multitud de sacerdotes, sino que, aun siendo un pequeño número, es de desear que sean presbíteros que pongan en primer lugar los sacramentos, dignifiquen la celebración litúrgica e inviten a la gente a una profunda vida espiritual.

4. Conclusión

“Por Cristo, con Cristo y en Cristo, a ti Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos. Amén”. Con este potente canto se pone fin a la segunda parte. La Misa parroquial es ofrecida juntos por todos los fieles que a ésta pertenecen. En la Misa dominical, esta es la *doxología* en que ofrecemos alabanza al Dios trino junto con Cristo, y cantamos la unidad de la Iglesia.

Diré también una palabra sobre la Comunión. El presbítero alza el pan y dice “el Cuerpo de Cristo”. Contestar “Amén” no es simplemente un elemento más del rito, es esa palabra realizamos una profesión de fe diciendo: “este es el Cuerpo de Cristo”. Por tanto respondamos “Amén” con voz clara y fuerte. Recibir la Eucaristía nos hace uno con el Señor Jesucristo y nos hace una Iglesia a todos los que comulgamos en una misma fe.

Del mismo modo recibir la comunión no se debe hacer como una rutina sino con una fuerte convicción de lo que se recibe. Cristo amó a los hombres hasta dar su vida por ellos, y del mismo modo cuando nosotros comulgamos de su Cuerpo prometemos vivir para los demás, vivir amando a los demás.

Tras la celebración de la Misa el altar permanece allí, es decir que siempre que visitemos el templo el Señor está allí presente. Actualmente la costumbre de la visita frecuente al Santísimo se está perdiendo, pero no querría que se dejara de visitar al Señor, que está conservado en el Sagrario, cada vez que se viene a la Iglesia aunque sea por unos pocos minutos. De igual manera animo a que se

realicen procesiones del Santísimo Sacramento y otras devociones en la medida de las posibilidades de cada parroquia.

Transcurriendo este “Año de la Eucaristía” he explicado brevemente qué es la Eucaristía y la celebración de la Misa. Quedan muchas partes por explicar, pero deseo de corazón que durante este año las mismas se vayan profundizando en las propias parroquias o en las distintas actividades de la diócesis. Y por medio de esta carta pastoral deseo que, de un modo u otro, en las parroquias se realicen encuentros para profundizar sobre este tema.

18 de junio de 2006, Solemnidad del *Corpus Christi*

Mizobe Osamu, Obispo diocesano de Takamatsu